

El Huésped Incompleto

Aquí estoy, ante las acorazadas e impenetrables puertas del templo. Llamo al timbre de los que algún día podrían ser mis suegros y casi inmediatamente me encuentro ante la alucinante versión ibérico-burguesa de los campesinos retratados en "gótico americano",

-Señores, vengo a traer unas flores para su hija- Declamo con inesperado acento inglés. Pero me contestan que ella no ha vuelto a casa desde ayer. El mayor de mis temores; ha pasado la noche fuera. Música sumergida, burbujas alcohólicas en mi recuerdo. Un reproche. Un fantoche. El coche rojo. ¿Qué padres son éstos que no saben dónde ha dormido su hija? Me invitan a entrar. Me sorprende que tengan referencias favorables acerca de mí. La mujer pone las flores en agua mientras yo hago tiempo delante de la televisión. Emiten una tertulia y sé que todo lo que digan podrá ser utilizado en mi contra. Después de oír un par de insultos y la confesión de tres adulterios cruzados, dejo claro mediante un sonoro gesto que yo no tengo la culpa de esas porquerías. Me sonrojo un par de veces, una evidenciando mi incomodidad y la otra por aguantar la risa ante un chiste verde. Cambiar de canal me parece un abuso de confianza así que decido permanecer en un estado continuo de vergüenza para que mi tez no cambie de color. Supongo que pensarán que me ha dado el sol. También me queda el recurso de la revista, un lugar ambiguo dónde esconder la mirada cuando has olvidado tu reloj de pulsera. Al rato, me sirven una tónica, aún no he dejado de preguntarme por qué. Después continúan con sus quehaceres. Desde luego soy un extraño, pero como de la familia. Camuflado en el salón mientras otras vidas suceden ante mí, en su hogar, con la sangre de su sangre, con sentimientos que desconozco, soy el huésped incompleto; sin confidente, sin grave motivo, sin fecha de partida, sin invitación, sin agasajo pero sin

desprecio, aceptado como un mueble pasajero que hace que la decoración no acabe de resultar acogedora, que intenta no estorbar con su presencia no solicitada. Pasa una larga mañana. Me invitan a comer. ¿Qué distancia separa el plato del intestino y cómo pueden reducirse ambos a capricho? ¿A quién no le gusta el cochifrito? Pues a ella. A ver si viene. O la traen. El coche rojo. La hora de la siesta. Como si estuviera en mi propia casa, me dicen. Si estuviera en mi casa los echaría a todos.

El silencio. Yo domando mis nervios estomacales. Si me voy ahora seré un desertor y si me quedo los veré a todos bostezar despeluzados. Esto es como cuando alguien olvida echar el pestillo para ducharse y abres la puerta del baño y el pecado original te condena a los infiernos de la ignominia. Las flores en agua, bien presentes; mi salvoconducto. Me merezco el hastío, la desocupación, las horas que pasen lentas, la mendicidad. ¿Y si me voy a buscarla por la calle?. Que no hace falta, si no tardará en llegar, si estará comiendo en casa de su amiga rubia. ¡Qué incordio de neveras ajenas!. Me callo; a pesar del tópico, su amiga rubia no conduce un coche rojo. Ni yo tampoco.

Hora de volver al trabajo. Para todos menos para mí. Los preparativos de unos y otros me ponen nervioso. Él se pone la chaqueta, ella pregunta por las llaves del coche. ¡No! ¡Qué se van todos de casa! Dicen que puedo quedarme, que hay confianza. Tanta cortesía es de mala educación y además peligrosa.

-No quiero quedarme, de verdad, gracias.

No hay manera; insisten en que estará al llegar. Me asomo a la ventana y peino desesperado la carretera. Un coche blanco, otro gris, otro verde; un escarabajo, un piojo, una liendre. Los padres de ella exponen sus razones para mi ocupación: ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si ha perdido las llaves y no puede entrar? Me resigno porque me

interesa saber en qué estado llegará la díscola. Debo permanecer en guardia, no se crea que las flores las manda el del coche rojo.

Una hora llevo sin moverme. Afortunadamente no había entregado los bombones. Son víveres valiosos para resistir la tarde sin expoliar la despensa. Bastante he tenido con limpiar el retrete de fiscales huellas ajenas, allí plasmadas como un tonto el que lo lea, el último que llegue paga. Por fin he remediado el hambre. No han sido los escrúpulos, sino los chocolates a escondidas y rápido, como las uvas de nochevieja, no vaya a ser que venga la chica y no me entere de cómo viene y con quién.

Tras las campanadas de la merienda aparece otro fantasma: estoy solo en casa ajena. Cajones ajenos, armarios ajenos, sus dueños ajenos, llenos de tesoros cotidianos. Del aburrimiento a la curiosidad, de la curiosidad al espionaje, de espionaje al robo. Vengándome por una confianza que no merezco, me quedo con unas medias que se han caído del tendedero. Un fetiche, sí. Las rellenaré de algodón y me haré una marioneta que me sirva de compañía cuando por fin la traigan en el coche rojo; ya no son horas, la verdad.

Llaman al timbre. Nadie, otro fantasma invisible. Llaman otra vez. El teléfono. ¿Lo cogemos? Desespero ¿Llaman para comprobar si aún sigo aquí? ¿O si tendré la desfachatez de contestar? ¿O si seré tan vago, o quizá tan inseguro, como para no hacerlo? ¿Le habrá pasado algo a ella?, ¿Accidente de coche rojo? Descuelgo. Preguntan por los señores no sé qué. Se habrán equivocado de número. Menos mal, imagínate explicarle a un desconocido qué hace un desconocido en una casa que no es suya. Acaba aquí la guardia civil, en vez de estar multando a uno de esos chulos que se

saltan los límites de velocidad en sus coches rojos. Y yo que tuve que ir despacio, respetando las señales, hasta cediendo el paso. Suspiro y descanso.

El bombín. Parece que llega alguien. Una carrera por el comedor como en el juego de las sillas. Urge buscar una postura de respetuosa espera, pero intentando eludir el palco de honor. Sería una profanación terrible. Quizá la parte del sofá poco desgastada, la de menor privilegio visual frente al televisor, el patio de butacas. Falsa alarma. Menos mal, me había dejado abierta la puerta del dormitorio de su hermana. ¿Dónde dormirá ella? Quizá en el piso de arriba. Es una frontera que aún no me atrevo a cruzar. Doy vueltas por la cocina. Utilizan como trapo la camiseta que le regalé. Y ella que me dijo que se la había llevado el viento. No he estado escudriñando, pero siempre me fijo en los detalles. Si alguna vez nos casamos supongo que mi hogar se parecerá a éste. Si el del coche rojo no se me adelanta.

Anochece. No sé si debería encender la luz. Buscar los interruptores y adivinar su correspondencia con las bombillas y otros mecanismos exige una investigación impúdica. Me quedo a oscuras. Una hora más. Hay quién no soporta perder el tiempo, yo no soporto darme cuenta de ello. Peor es no tener otra cosa mejor que hacer. ¡Jo!

El bombín. ¡Ya llega! No es ella, pero conoce bien la casa, se mueve a través de los muebles del pasillo como un murciélago. Debe ser el padre. O no sabe que estoy aquí, o no puede creer que siga esperando, o simplemente la llegada a casa del trabajo no admite variación alguna. ¿Cómo dar a conocer a mi presencia? Creo que me ha visto de refilón. Vuelve con dos tostadas en un plato. Después de una vida ha llegado a refinar su nunca cuestionada rutina, que es una ruina cargando a costas su cruz. Resistir el

unto de la mantequilla sin quebrarse. Me confiesa haber descubierto la alquimia precisa entre tiempo y temperatura. Le contesto que yo ya me iba. Esta vez no me retiene, ni siquiera me pregunta por su hija. Se queda mirándome y se mete un churrusco en la boca. Dentro de veinte años, dos hijos y una tercera ampliación de la hipoteca, sabré lo que ese buen hombre está pensando.

Me alejo volviendo la vista atrás a cada paso. Puede que nos crucemos. Sufro esa sensación de manos vacías que se tiene cuando se entrega algo: una disculpa, un ramo de flores, un día entero de tu vida. Camino en círculos maldiciendo el coche rojo, deseando olvidar ese ambientador, la mancha de tierra que dejé en la moqueta blanca, las opiniones que tuve que callar para no resultar descortés. Una farola tras otra, todos los adosados me parecen iguales. Alguien agita la mano desde la acera de enfrente. ¿Es a mí? Sí, es ella.

Me dijo que me había estado llamando por teléfono todo el día. Se enfadó mucho porque no creyó que sus padres me hubieran dejado entrar en casa. Le pregunté por las flores. No las había visto. Tanto desacuerdo era imposible. Lo comprendimos cuando encontró las medias de su vecina con una pinza de su vecina en el bolsillo de mi chaqueta. Yo intenté que se riera de mi ridículo, equivocarme de dirección, qué vergüenza. Pero a ella se le había clavado mi desconfianza. Mejor así, porque ahora entiendo la oposición de la iglesia al divorcio; conocer a unos suegros es suficiente, aunque sean los de otro.